

# **El tiempo en economía**

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega  
*Universidad de Navarra*  
2009

---

## *El problema de la incertidumbre y el cambio*

### **La revisión de un paradigma científico**

El diseño de la economía individualista se había inspirado en el modelo determinista de la física matemática. Su objetivo había sido establecer unas leyes universales y necesarias que permitiesen estudiar la conducta económica de un individuo abstracto, por encima de cualquier tipo de sociedad, cultura y época histórica. El recurso a un modelo determinista suponía una simplificación excesiva de la conducta humana, pero venía exigida por el deseo de aplicar el método de la física matemática que se consideraba paradigma del conocimiento científico. Esto había permitido construir una teoría económica científica o determinista, pero había dejado fuera el tiempo propio de la acción humana, es decir, la historia. No se podía explicar el cambio del marco institucional, las modificaciones en las organizaciones, las variaciones en los gustos y preferencias, la aparición de nuevas técnicas productivas, etc.

Pronto se empezó a hacer patente que la hipótesis de una naturaleza humana fija e inalterable –que está detrás del modelo de “homo oeconomicus”- ni siquiera se ajustaba a las nuevas tendencias del pensar científico de la Europa de finales del siglo XIX. Los nuevos enfoques de la psicología positivista habían impulsado a pensar que la naturaleza humana era algo en proceso, y por lo tanto que para estudiar la conducta humana no se podía recurrir a un modelo cerrado y fijo. La conducta humana se configuraba con el paso del tiempo, y era fruto de la historia y la cultura propia de la comunidad humana en la que vivía cada individuo. El creciente interés por los estudios históricos, antropológicos y etnográficos, demostraban que la racionalidad no había sido siempre la misma en todos los lugares y en todas las épocas. El concepto de racionalidad aplicado a la conducta humana era más complejo de lo que se había pensado, no podía limitarse a un conjunto reducido de reglas lógicas de validez universal, independiente del modo en que una cultura concreta se entendía a sí misma. Cada vez se hacía

más insostenible la postura de quienes defendían que el método de la economía debía ligarse al cerrado determinismo de los modelos de la física matemática.

Incluso dentro del campo de la física matemática habían surgido fenómenos que estaban llevando a una revisión de sus supuestos deterministas. Se empezaba a comprobar que no todo en los fenómenos naturales se guiaba por la necesidad, cada vez era mayor el tipo de fenómenos en los que no había continuidad ni determinismo; a los que no se les podía aplicar, por tanto, el cálculo diferencial. Se había empezado a prestar una especial atención al estudio de la teoría de la probabilidad, tratando de buscar regularidad en lo aleatorio, como un modo de enfrentarse con este nuevo tipo de fenómenos, bastante más numerosos de lo que en un principio se había creído. No obstante, sería sobre todo en el campo de la biología –estudio de los fenómenos vitales- donde se pondría especialmente de manifiesto lo inadecuado de los supuestos de los modelos de la ciencia físico matemática.

Todo esto tendría su influencia y repercusión entre los que se dedicaban al estudio de la economía política. Había que encontrar un modo de estudiar los cada vez más innegables cambios de conducta de los individuos, dar alguna justificación de su relación con los cambios en la cultura y la historia de las sociedades, en cuyo seno se desenvolvía el fenómeno económico. Pronto se empezaría a buscar un método alternativo al de los modelos físico matemáticos. En esa búsqueda, a grandes rasgos, se pueden distinguir dos grandes corrientes que son las que vamos a exponer a continuación. De un lado estaban los que se resistían a abandonar el paradigma de las ciencias de la naturaleza, y creyeron encontrar la solución en los nuevos enfoques de la biología; y de otro lado, los que pensaban que el estudio de la acción humana era mucho más complejo de lo que parecía, y debía buscar su propio método. Algo que creyeron encontrar en una determinada visión de la filosofía de la historia.

### *Del mecanicismo al biologicismo*

La física de Newton había sido construida sobre el supuesto de que para explicar el modo en que se mueven las cosas -el cómo, y no el porqué- se podía prescindir de las causas final y formal. En otras palabras, no hacía falta enfrentar el problema metafísico del cambio del ser, era suficiente con limitarse al estudio del cambio local. Para eso bastaba con suponer que la materia –la causa material- estaba compuesta de átomos, y que entre ellos existían unas fuerzas de atracción –causa eficiente-. Efectivamente, a partir de estos supuestos se pudo explicar –o lo que es lo mismo predecir- los movimientos observables de la mayoría de los cuerpos. Un resultado que resultaría muy útil para la vida de los hombres.

El reloj -mecanismo por excelencia-, por paradójico que pueda parecer, solo es posible si se elimina el tiempo, o mejor dicho, si queda transformado en una estructura geométrica, cerrada y estable, con movimiento regular y constante. Para poder “dar la hora” con exactitud, para medir con precisión un movimiento uniforme, tiene que negarse la causa de la variación y el cambio, al menos en apariencia. Acudiendo a esta imagen del reloj se puede decir que la física matemática de la segunda mitad del siglo XIX había reducido el entero universo a un reloj, un mecanismo, que sólo reflejaba un determinado modo de pensar la realidad, el propio de una mente separada de la realidad.

A finales del siglo XIX, se empezaba a vislumbrar que el determinismo y precisión del modelo mecanicista implicaba una deformación excesiva e inaceptable de la realidad. Se hacía cada vez más evidente que no era posible encerrar el misterio de la realidad en un determinado tipo de lenguaje matemático, en algo tan simplista como un conjunto de ecuaciones diferenciales. El propio cálculo diferencial se había mostrado incapaz de predecir -dar solución rigurosa- al problema de la interacción simultánea de más de dos fuerzas: el famoso “problema de los tres cuerpos”. Todo apuntaba que el determinismo era una propiedad local, que de ningún modo se podía hacer universal. Tiene sentido aquí y ahora, en unas condiciones concretas y muy restringidas, pero no referido a la totalidad del universo. El mismo hecho de que el cálculo infinitesimal solo fuera aplicable a movimientos locales muy bien definidos, ponía de manifiesto su propia limitación.

En el estudio de los fenómenos vitales, hubo un primer momento, debido a la poderosa influencia del modo de pensar de Descartes, en que se había recurrido a los modelos mecánicos como modo de predecir el movimiento de los seres vivos. Se procedió a construir numerosos autómatas, mecanismos de relojería que simulaban los movimientos de los animales, incluso sus funciones fisiológicas más visibles. Un ejemplo muy celebrado de este tipo de autómatas sería el pato mecánico, construido por Vaucanson, que llenó de asombro a la Francia de finales del siglo XVIII. Se pensaba, como había dicho Descartes, que a través de una mayor complejidad de los movimientos mecánicos llegaría un momento en que se podría explicar los movimientos de todos los cuerpos vivos. Estaba extendida la idea de que la política, la moral y la economía, podrían llegar a ser ciencias tan rigurosas como la matemática.

Después de varios intentos de dar explicación mecanicista a los fenómenos biológicos, G. Buffon (1707-1788) llegó a la conclusión que se trataba de un camino equivocado. Con la construcción de un mecanismo se podía simular el movimiento de las alas de un pato, pero desde luego no se podría explicar como un huevo llegaba a convertirse en un pato, que era el tipo de movimiento que interesaba al biólogo. Para estudiar el fenómeno vital había que adoptar un nuevo enfoque. En su opinión, había que contemplarlo en su totalidad como unidad orgánica de multitud de seres vivos que formaban lo que hoy día llamaríamos la biosfera. En el seno de esa totalidad vital habría una continua interacción y dependencia entre los distintos seres vivos, una trasmisión de la vida entre ellos mediante un sucederse continuo de nacimientos y muertes, así como el hecho de constituir una cadena trófica, en las que unos son alimentos para los otros. Para Buffon todo parecía sugerir que esa totalidad vital estaba sometida a una especie de equilibrio económico general, regido por el principio de constancia de la “cantidad de vida” existente en su interior. La diversidad, el cambio y la interacción que se desarrollaba en su interior parecían estar al servicio del mantenimiento de la unidad y estabilidad de la totalidad del fenómeno vital.

Es interesante destacar que Buffon introdujo la visión holista como algo propio e inseparable de la biología, contrapuesto al enfoque atomista e individualista del mecanicismo. Una divergencia de enfoques que como veremos tendría una gran importancia en el desarrollo de las teorías económicas de la segunda mitad del siglo XIX.

Una aportación adicional y muy importante al enfoque de Buffon fue la hipótesis del origen en los cambios de los individuos, introducida por J. B. Lamarck (1744-1829). Sostuvo que esos

cambios venían inducidos por estímulos procedentes del medio externo, que por herencia serían transmitidos a la prole. Por ejemplo, una inundación permanente de un territorio podía provocar en algunos de los individuos de las especies que allí vivían, un mayor uso de algún miembro que le permitiera flotar y nadar, de modo que ese miembro se desarrollaba, mientras que otros miembros dejaban de ser útiles, y poco a poco se atrofiaban. Una hipótesis que explicaría los cambios en la morfología de los individuos vivos.

En cualquier caso las preguntas claves que surgían ante estos esquemas eran las siguientes: ¿Cómo en esos cambios se articulaba lo necesario con lo contingente? ¿Por qué dentro de una especie todos los individuos son similares, al tiempo que se distinguen en pequeñas variantes? ¿Si se ajustaban todos a un mismo patrón, por qué no todos los individuos eran idénticos? ¿Si había cambios, y se trasmitían a la prole, se podía asegurar la persistencia de la identidad común, o llegaría un momento en que se produciría un cambio de especie?

Reflexionando sobre estas preguntas Ch. Darwin (1809-1882) elaboró su famosa hipótesis sobre la evolución de las especies. Después de haber observado como los criadores de animales y plantas, seleccionaban aquellos ejemplares cuyas características les interesaba transmitieran a sus proles, llegó a la conclusión de que en la Naturaleza podía ocurrir algo parecido, podría existir en su seno una especie de “selección natural”, sin sujeto intencional que la programara, y sin finalidad conocida, que sería la causante de la evolución de las especies.

Inspirado en los trabajos de Buffon y Lamarck, supuso Darwin que la clave para explicar como podía funcionar la “selección natural” era que, a largo plazo, en el proceso de herencia genética acabarían por predominar aquellos rasgos genéticos que se generaban y transmitían con mayor facilidad, que venían a ser los que permitían una mejor adaptación de los individuos a los cambios del medio.

Como se puede comprobar, la hipótesis de Darwin no trataba de explicar el origen de las especies, ni las razones por las que se producía el cambio, ni mucho menos su finalidad y sentido; se limitaba a explicar el modo en que se realizaban los cambios a lo largo del tiempo, en el proceso de transmisión de la vida. En sí misma se trataba de una tautología. Venía a decir que en el supuesto de un conjunto de individuos que se pueden fecundar entre sí, si se producen cambios entre los miembros de la prole, y estos se transmiten a distintas tasas de repetición; transcurrido un tiempo, las proporciones de individuos con distintas configuraciones habrán cambiado con respecto a la configuración inicial. Una conclusión sin base empírica, sino simplemente analítica.

Para que la hipótesis de Darwin dejase de ser una simple tautología tendría que explicar los motivos de porqué hay distintas tasas de transmisión, y cómo se relacionan con los cambios en el medio; o todavía mejor, dar alguna explicación de cómo los cambios en el medio podían afectar a la estructura genética de los distintos organismos que viven en su seno. Algo que desde luego no entraba en su modo de enfocar el problema.

En cualquier caso, conviene advertir que no es posible llegar a descubrir la finalidad de un proceso a partir de la experiencia de su modo de funcionar, ya que la subjetividad está más allá de la objetividad de lo observado. Por ejemplo, a partir de los cambios que se producen en las

distintas variedades de cerdos, no es posible llegar a conocer el tipo de animal que busca el criador de esos animales. Como había dicho Aristóteles, la finalidad del arquero no se puede conocer por mucho que se estudie el movimiento de la flecha.

Para Darwin no había que preocuparse por conocer la finalidad de la selección natural, bastaba con suponer que los organismos se comportaban “como si” persiguiesen el logro de la propia ventaja. Ante la objeción de que no tiene mucho sentido hablar de perseguir la propia ventaja, a no ser que se tratase de un ser humano, Darwin dijo que debería considerarse más bien como un principio universal objetivo, que premiaba a los individuos que mejor se adaptaban al medio. En otras palabras, un premio que en realidad repercutía en la subsistencia de la propia especie. Una vez más quedaba de manifiesto que en el enfoque evolucionista predominaba lo holístico sobre lo individual.

Todo parece indicar que Darwin estaba convencido de que era posible separar el “cómo” del “por qué”, y que a través de “cómo” se transmitían los cambios a las proles, se podía llegar a explicar su sentido. Algo así como pretender que a partir de la observación del incesante repetirse del “cómo” llegaría un momento en que se produciría –no se sabe como- una justificación del “por qué”. Se olvidaba de que la repetición por sí misma, elimina el tiempo, carece de sentido, y nunca puede explicar nada.

Solo en sentido metafórico se puede usar el argumento de Darwin para explicar al origen de los organismos. Solo es aceptable si se admite la existencia de un sustrato vital homogéneo que por evolución daría lugar a los diferentes estados de una biosfera donde se cumpliría algo así como el principio de “conservación de la cantidad de vida”. En ese mundo hipotético nada dejaría de ser, y nada empezaría a ser, solo habría transformación continuada de ese único sustrato, dejando fuera toda dimensión ontológica del problema. En otras palabras, exigiría que el puro devenir -lo relativo- se convirtiera en lo absoluto. Una postura que, en muchos aspectos, es la que mantendría el filósofo F. Nietzsche (1844-1900) que a su vez tiene un gran paralelismo con el budismo, donde la idea de identidad -tanto propia como ajena- se considera ilusoria.

Por otro lado, todos los supuestos evolucionistas, al considerar la biosfera como una unidad, implican la existencia de una finalidad. En su interior los organismos vivos, dotados de algún tipo de identidad, están subordinados a la finalidad del todo. ¿Cómo se relacionan los unos con los otros, y como se integran en el todo? ¿Existen esas identidades, con sus propios fines, o son más bien proyecciones ilegítimas del subjetivismo del yo humano? ¿Por qué se relacionan las poblaciones entre sí? ¿Es con vistas a constituir una unidad superior? ¿Por qué habría individuos dentro de ellas? ¿Son los individuos los que buscan su propia ventaja, o es la población la que se sirve de ellos? Unos interrogantes que ponen de manifiesto que la realidad se hace opaca si se prescinde de su propia entidad y sentido.

La historia de la tesis evolucionista pone de manifiesto una especie de imposibilidad del sujeto de la ciencia para, desde fuera de la ciencia, concebirse a sí mismo. Eso lleva a considerar la ciencia como un todo, que vendría a coincidir con la marcha de la humanidad en el seno de la historia, donde el hombre llegaría alguna vez a conocer su propia naturaleza, a entender el sentido de su existencia. De momento, todo lo que conoce es provisional, destinado a ser superado por un avance incesante en la comprensión de la realidad. En resumen, el

evolucionismo es un modo relativista de explicar la regularidad en lo contingente. Una vuelta a la vieja concepción pagana del cosmos, con el añadido de la idea del progreso, único resto de un optimismo, de manifiesto origen cristiano.

## La filosofía evolucionista

A partir de una generalización de la hipótesis de la selección natural, el británico H. Spencer (1820-1903) llegaría a establecer una especie de “principio de evolución”, a partir del cual se propuso elaborar una filosofía que permitiera explicar el omnipresente cambio en la naturaleza, en la sociedad y en la historia. Su objetivo último era proporcionar una justificación racional del progreso imparable de la humanidad a partir de una grandiosa y optimista visión del devenir de toda la realidad, que requería una fe positivista en el nuevo dogma de la evolución.

Había que partir del hecho innegable de que la realidad entera estaba en continuo cambio, y que por eso mismo resultaba incognoscible: lo que estaba debajo de ese cambio incesante debía ser considerado algo oculto e impenetrable. Resultaba tarea inútil indagar sobre el origen y destino del universo, solo cabía observar sus cambios observables, y tratar de hallar sus leyes. Una consecuencia inmediata era que todo conocimiento debía ser considerado parcial, provisional y mejorable. Esto venía a ser el núcleo central de la filosofía de Spencer.

¿Qué regularidades en los cambios del universo observable estaban sólidamente asentadas? La respuesta para Spencer era evidente: la indestructibilidad de la materia, la continuidad del movimiento y la persistencia de la fuerza. Como una síntesis de estas regularidades Spencer llegó a la conclusión de que todo estaba gobernado por lo que llamaba principio de “continua redistribución”, tanto de la materia, como del movimiento.

De acuerdo con ese principio, el universo estaría en continua mutación y cambio, siguiendo trayectorias ajustadas al principio mecanicista de “menor resistencia” o de “mínima acción”. Además, ese cambio, no se sabe porqué, tendría un sentido, evolucionaría desde unos estados iniciales, donde predominaba lo homogéneo e inestable, hacia estados cada vez más heterogéneos y estables. Esta sería, de modo muy resumido, la versión filosófica de la “ley de la evolución” universal.

Para Spencer esa ley se manifestaba, por ejemplo, en la lucha de los organismos por la propia subsistencia, un hecho que consideraba innegable, y que tomaría como clave para explicar todo tipo de conductas, incluida la humana. En el caso de los hombres, esa lucha por la supervivencia era la que impulsaba la división del trabajo, variante del criterio mecánico de “mínima acción”, que daba lugar a estructuras sociales cada vez más diferenciadas y complejas, al mismo tiempo que más universales e integradoras. De este modo la sociedad evolucionaría hacia estados de mayor número y heterogeneidad de funciones, que a su vez requeriría de una mayor integración funcional de sus partes. En este sentido, para Spencer, tanto la razón como la cultura no eran otra cosa que medios para la supervivencia evolutiva de la especie humana.

Desde esta perspectiva, la historia no sería otra cosa que una continua evolución hacia estados sociales de creciente perfección científica y técnica, a los que correspondería un mayor bienestar para todos. Avanzaría de modo completamente autónomo, impulsada por decisiones

subjetivas de una multitud de individuos, que el paso del tiempo se encargaría de disolver en la marcha objetiva y global del progreso, poniendo de manifiesto lo efímero y transitorio de lo individual. En último término, en el esquema de Spencer, el hombre comparece como instrumento de una inteligencia superior oculta, que se serviría de su impulso vital.

## *Una economía evolucionista*

### **Decisión individual y adaptación al medio**

Influido por las filosofías de Kant, Hegel, Spencer, Comte, y Mill, el británico A. Marshall (1842-1924) elaboró su propio enfoque de la mentalidad evolucionista en el que se combinaban el idealismo alemán, el evolucionismo de Spencer, y el utilitarismo británico.

Se puede decir que Marshall llegó al estudio de la economía a partir del evolucionismo. En principio lo que le interesaba era el estudio de cómo se formaba el carácter de los hombres. Para eso adoptó una visión evolucionista de la psicología de J. S. Mill, y se propuso descubrir que relación existía entre el carácter del individuo -su modo de comportarse- y el medio en el que desarrollaba su actividad. Lo que pretendía Marshall con este nuevo enfoque de la economía era sustituir el modelo mecanicista del “hombre económico” de Jevons o Walras, por el modelo del “hombre razonable ético”, surgido de su visión evolucionista del progreso de la humanidad.

Esto explica que, en el debate entre economía o sociología, que se desarrollaría a lo largo del siglo XIX, Marshall se pusiera del lado de la postura de Comte. Es decir, sostuvo que lo económico no podía ser entendido fuera del marco más amplio de una ciencia que estudiara la evolución del fenómeno social en su totalidad. En este sentido, a diferencia de Mill, consideraba que la economía no podía ser una ciencia totalmente separada. En la formación del carácter humano influía tanto lo económico que no era posible una separación drástica; ni tan siquiera en el plano de la abstracción. Aunque no negaba que un aspecto muy importante de la economía era el estudio de la generación de la riqueza, al mismo tiempo, de modo inseparable, lo más importante era el estudio del hombre, el modo en que, con ocasión de la generación de las riquezas, se llevaba a cabo la formación de su carácter.

Desde el enfoque evolucionista de Marshall la naturaleza humana se encontraba en continuo cambio, en un proceso interminable de ajuste a un medio que tampoco paraba de cambiar, en parte como resultado de la propia acción del hombre. Existía por tanto una especie de círculo de evolución que iba desde las conductas individuales al entorno, y viceversa. Desentrañar la estructura de ese círculo era el problema básico que había que enfrentar si se quería llegar a saber algo sobre la estructura y el modo de funcionar del fenómeno social.

Consideraba Marshall que solo a través de la psicología evolutiva, ciencia que consideraba experimental, sería posible enfrentarse con ese problema, y llegar al conocimiento de las leyes que daban lugar a la constitución del carácter humano. A diferencia de Mill, y de acuerdo con Darwin y Spencer, la experiencia sobre la que había que apoyarse no era la de un solo individuo, sino la acumulada por el paso del tiempo, la que afectaba a la totalidad de los individuos de una determinada comunidad. No solo había que contar con el saber explícito propio de cada individuo, sino también con el implícito en los propios procesos naturales y

sociales. Para estudiar el complejo fenómeno de la mente humana había que tener en cuenta dos dimensiones: la autoconciencia del individuo, y la evolución de lo colectivo, o dicho de otra manera, la identidad frente al cambio, que constituyen como el núcleo sobre el que, para Marshall, se articulaba la identidad del sujeto.

Desde este punto de vista, también las necesidades y preferencias de los individuos estaban sometidas al principio Spenceriano de evolución, es decir, a un proceso que las llevaba desde lo homogéneo a lo heterogéneo, desde lo simple a lo complejo, desde lo rudo a lo refinado. De ningún modo podían ser consideradas fijas e inalterables, como había supuesto el modelo del "hombre económico", que por eso mismo, las había considerado exógenas a la teoría económica.

Las necesidades cambiaban como consecuencia de la continua lucha de los individuos por adaptarse al medio, que a su vez era modificado por la continua expansión del proceso social de la división del trabajo, por la implantación de nuevos procesos productivos cada vez más complejos, más heterogéneos, con mayor densidad de las relaciones de dependencia mutua. Se generaría por tanto una especie de espiral de convolución, entre nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas, que daría como resultado una organización social cada vez más compleja y articulada. En el seno de la sociedad, tanto las conductas, como los caracteres -estructura psicológica de los individuos- no cesaban de evolucionar con el tiempo, generando nuevas condiciones culturales e históricas.

Para estudiar como se producía la evolución de los gustos y preferencias de los individuos, hacía falta un modelo de individuo mucho más complejo que el "utilitarista" o "conductista", se requería un modelo dinámico de individuo que tuviera en cuenta las continuas "retroalimentaciones" entre su conducta y las condiciones del entorno en donde se desenvolvía.

Para construir ese modelo Marshall recurriría a una psicología elaborada a partir de una extraña combinación de mecanicismo, evolución y autoconciencia. Una especie de adelanto de lo que en nuestros días trata de llevar adelante la "inteligencia artificial", y la llamada "neuroeconomía". Se trataría de elaborar una compleja máquina virtual o hipotética, mediante la cual Marshall pretendía simular las operaciones mentales del cerebro humano, de modo especial su propia evolución, su modo de resolver los problemas cada vez más complejos que le planteaban su relación con un medio asimismo cada vez más complicado. Un diseño que se ajustaba a los dos elementos fundamentales de la hipótesis de Darwin: "variación al azar" y "selección natural"; a los que, Marshall añadiría la idea Lamarkiana, no compartida por Darwin, de la herencia de caracteres adquiridos.

Según la psicología de Marshall el conocimiento venía a ser un proceso interminable, mediante al cual el cerebro humano se comportaba como una máquina que no cesaba de aprender. El avance del conocimiento se producía con ocasión de la aparición incesante de nuevos problemas planteados por el medio, que daban lugar a nuevas conductas, que una vez convertidas en rutinas -modos habituales de hacer- quedaban incorporadas a la propia estructura de la máquina mental.

El progreso del conocimiento suponía el desarrollo de estrategias que permitían dar soluciones cada vez más eficientes a los problemas cada vez más complejos que no cesaba de plantear la evolución del medio. Normalmente esas estrategias consistían en dividir los problemas en sus partes más simples, de modo que pudieran dar lugar a modos rutinarios de resolverlos, es decir, con gran rapidez, y sin requerir atención. Se desarrollaban de este modo formas habituales de hacer, donde se acumulaba conocimiento automatizado, que se utilizaba sin necesidad de reflexión. Sería resultado de la aplicación del principio evolucionista de la división del trabajo: la descomposición de lo complejo en tareas más simples y fáciles de ejecutar. Posteriormente, la articulación de rutinas daba lugar a configuraciones mecánicas cada vez más complejas que permitirían resolver con gran sencillez, automatismo y eficiencia, problemas cada vez más complicados.

El proceso evolutivo remitía, en último término, a la capacidad analítica de la mente humana que no cesaba de impulsar la división y la especialización de funciones, provocando una creciente división del trabajo, impulsando el paso desde lo simple y homogéneo a lo complejo y heterogéneo.

En otro plano, y de modo muy parecido, el proceso social de selección natural de nuevas necesidades, y nuevos modos de satisfacerlas sería, en último término, reflejo externo del proceso de continua generación y acumulación de conocimientos que se llevaba a cabo en el seno de la “máquina mental” del individuo humano.

El crecimiento del conocimiento, que se correspondía con una creciente complejidad de la “máquina mental”, se reflejaba en una mayor complejidad de la “máquina social”, dando lugar a nuevas estructuras de integración y dependencia entre los individuos, a una mayor especialización en las tareas y conocimientos, que a su vez daban lugar a nuevas preferencias individuales, cada vez más sofisticadas. Se desataba así una especie de espiral de mejora continua de necesidades, y modos de satisfacerlas, que impulsaba el progreso económico y cultural de la sociedad.

Desde esta perspectiva, la sociedad era, para Marshall, un entramado funcional cada vez más complejo, una articulación cada vez más complicada de preferencias y rutinas, una compleja máquina con una extraña capacidad de auto estructurarse, que le permitía resolver del modo más sencillo posible problemas cada vez más complejos, que su propia espiral evolutiva no cesaba de provocar. En otras palabras, la sociedad era un sistema evolutivo con capacidad de aprendizaje.

## **El equilibrio parcial**

Para Marshall la economía era una dimensión no separable de ese proceso extraordinariamente complejo, sometido a cambio continuo, que era el avance de la civilización. Se ocupaba de estudiar como, en el seno de ese proceso, los individuos tomaban decisiones con vistas a la satisfacción de sus necesidades, que daban lugar a la generación de riqueza.

Para llevar adelante ese estudio se requería un método adecuado, que tuviera en cuenta que todo se relacionaba con todo, y que todo estaba en cambio continuo, aunque a distintos ritmos.

Un elemento clave en el diseño del nuevo método sería buscar un modo de descomponer el movimiento incesante de cambio global, en sus elementos más pequeños, los más directamente observables en cada instante, lo cual permitiría detectar sus causas inmediatas. Solo así sería posible estudiar como los individuos, en cada momento y circunstancia, en un breve instante de tiempo, tomaban la decisión que maximizaba su utilidad.

Este modo de proceder sería consecuencia de la aplicación del principio de causalidad determinista, o de razón suficiente, según el cual el estado en que cada momento se encontrase la sociedad estaría determinado por la sucesión de los estados inmediatamente anteriores. Un supuesto que Marshall juzgaba indispensable para que la economía pudiera ser una ciencia predictiva. Además, también posibilitaba el mantenimiento del principio individualista, ya que la marcha global de la economía y de la sociedad sería consecuencia de la acumulación de las decisiones que tomaran los individuos en cada instante de tiempo.

Aunque la sociedad era un entramado de multitud de cambios continuos, los ritmos a los que se realizaban no eran los mismos. Había cambios, como las decisiones de consumo, que eran instantáneos, directamente observables, y muy fácil de determinar el motivo. Pero había otros, como las decisiones de producción, que no son consecuencia de una sola decisión de una persona, sino que van unidas a la multitud de decisiones que realizan muchas personas a lo largo de la vida de una organización, están condicionados por decisiones de las generaciones pasadas, y que han requerido mucho tiempo para llegar a manifestarse plenamente, por lo que no es fácil establecer el motivo determinante. Lo que en su momento había sido decisión consciente e intencional de unos individuos, con el paso del tiempo, parecía como si se hubiera disuelto en el todo social, como si se hubiera objetivado, integrado en ese marco institucional común, que condicionaba y hacía posible las decisiones de los individuos, que vivían en cada momento. Por lo tanto, el estado en que se encuentra la sociedad en cada momento es resultado de la acumulación de decisiones de todo tipo así como de cambios fortuitos que las condicionan.

La marcha de la economía no estaba ni en el puro plano de la naturaleza, donde todo ocurre de modo necesario, ni en el puro plano de lo matemático, donde todo es posible y perfectamente calculable, sino que se situaba en el plano de la cultura humana, donde las instituciones acumulan en forma objetiva e impersonal el conocimiento implícito de las generaciones precedentes. Se trataba de un proceso que no tendía a un estado final perfectamente establecido y calculable desde el principio, sino que estaba abierto, por lo que solo cabía un cálculo relativo, en un entorno temporal muy reducido. En otras palabras, el método de la economía no podía reducirse al cálculo, como habían pretendido Jevons y Walras, sino también había que tener en cuenta la formación de las costumbres, los cambios de organización y aprendizaje. Debajo de la economía subyacía un complejo entramado de fenómenos mentales y físicos en continua interacción y cambio.

En el diseño del método de Marshall era patente la influencia del modo de pensar de Darwin. La marcha de la civilización y la economía estaba regulada por la doble acción de un factor de estabilidad y otro de innovación. Por un lado estaba la acumulación en lo institucional de las conductas que habían demostrado tener éxito a la hora de resolver los problemas planteados por el cambio del medio. Por otro lado, estaban las decisiones, que por prueba y

error, en cada momento adoptaban los individuos para enfrentarse a los nuevos cambios del medio. De modo más concreto, ese doble factor evolutivo estaba constituido, según la terminología de Marshall, por el “principio de continuidad”, que aseguraba la estabilidad y el orden en la marcha de la sociedad, y por el “principio de sustitución” que aseguraba que los cambios se realizaban del modo más eficiente posible: aquellos que mejor se adaptaban a los cambios del medio.

En su método buscaba Marshall una combinación de la mecánica con la biología, lo que se manifiesta en el hecho de que el “principio de continuidad” -que asegura la estabilidad- es fundamentalmente de naturaleza determinista, mientras que el “principio de sustitución” -que asegura el cambio- es de naturaleza evolucionista. Pero, debido a la concepción predictiva que tenía Marshall del conocimiento científico era patente el predominio del principio mecánico sobre el biológico.

Desde el punto de vista del individuo, que en cada instante tiene que tomar una decisión económica, el marco institucional y organizativo existente, aunque no cesaba de cambiar, como lo hacía mucho más lentamente que el ritmo de sus decisiones, se podía considerar fijo y estable. Sólo transcurrido un cierto tiempo sería apreciable el cambio global continuo e incesante que nunca habría dejado de estar presente. De este modo, con la aplicación de la cláusula *ceteris paribus* -suponiendo todo lo demás constante- se podían dejar de lado unos factores, considerados de momento fijos, para poner toda la atención en aquellos factores, que bajo las condiciones de observación, se podían considerar los causantes del cambio que se trataba de estudiar. Esto era en esencia el concepto de “equilibrio parcial”, elemento central del método elaborado por Marshall.

No se trataba de un equilibrio absoluto, sino relativo al tiempo de observación, medido por la subjetividad del observador. Una misma realidad cambiante podía estar -o no- en equilibrio, según las condiciones de observación que se establecieran. Por esas razones Marshall decidió designarlo con el calificativo de “equilibrio parcial”, para indicar que sólo se podía considerar en equilibrio, bajo cierto aspecto, no de modo absoluto, o general.

Unido al concepto de “equilibrio parcial”, y a la aplicación de la cláusula *“ceteris paribus”* Marshall introdujo la distinción entre el corto y el largo plazo, según el intervalo de tiempo transcurrido. Lo que a muy corto plazo podía considerarse en equilibrio parcial, no lo estaría a largo plazo, donde se habría producido un cambio en todos los factores.

El método del “equilibrio parcial” hacía posible estudiar las decisiones de los individuos, como si estuviesen separadas del marco global no consciente y no intencional que las condicionaban y las hacía posibles. Desde ese punto de vista, la marcha de la economía podría ser considerada una sucesión continua de equilibrios a “corto plazo”.

Con este método Marshall pretendía salvar la imposibilidad de aplicar el cálculo diferencial a un proceso, donde por estar presente el cambio y la incertidumbre, no se daba el rígido determinismo que exigía ese tipo de cálculo, donde no se cumplía la propiedad local de continuidad abstracta propia del espacio matemático. Lo que pretendía Marshall era sustituirla por continuidad empírica de los procesos biológicos, donde bajo la apariencia de equilibrio, no

cesaba de actuar una dinámica vital, regida por el principio de sustitución, que impulsaba el progreso de la sociedad.

Dotado del instrumento metodológico del equilibrio parcial, Marshall se propuso elaborar una teoría dinámica de precios. Por lo pronto no podía partir del supuesto de un individuo con información perfecta, cuya conducta estaba determinada por las condiciones a priori de un equilibrio general estático, sino que tenía información imperfecta y se guiaba por la adaptación a los cambios del medio que le son accesibles en cada momento.

El individuo de Marshall no disponía de la información perfecta que tenía el individuo de Walras, al que por otro lado se la suministraba desde fuera el “subastador”. La información de que disponía era parcial e incierta: estaba constituida por su expectativa de los precios vigentes en cada momento. A cambio, su decisión estaba condicionada por esa enorme masa de información no consciente, que estaba incorporada en el marco institucional en cuyo seno tomaba su decisión.

En resumen, solo bajo el enfoque del “equilibrio parcial” la decisión del individuo podía ser calificada de racional, en el sentido de “maximizar” su satisfacción posible. Le basta con la información que le proporcionan sus necesidades inmediatas, y con sus expectativas de cambio de los precios en el corto plazo. Unas expectativas que formaba a partir de la experiencia sobre el comportamiento de una tendencia promedio de los precios a largo plazo, que de algún modo eran parte del marco institucional en que vivía.

Por contraste, a “largo plazo” desaparecía la posibilidad de alcanzar ese tipo de conducta “maximizadora”. Si, por ejemplo, un individuo pretendiese tomar una decisión con un horizonte de diez años, toda esa información, que en “equilibrio parcial” se suponía fija, se convertía en incertidumbre, y no podría tomar una decisión racional. En otras palabras, cuanto mayor fuera la longitud del plazo, menor sería la racionalidad de los individuos. Era pues el peso del pasado, una vez diluida la racionalidad consciente de todo instante anterior, el que a través del marco institucional, gobernaba la marcha de la economía y de la historia.

El método del “equilibrio parcial” proporcionaba una explicación efectiva del proceso de formación de los precios, cosa que no ocurría en el modelo de Walras. En la formación de los precios había una parte fija, la oferta existente en cada momento, ligada a la estructura productiva disponible, resultado de la acumulación histórica del saber hacer de las generaciones anteriores, que sólo variaba de modo significativo en el largo plazo. Había además otra parte variable, la demanda, relacionada con las decisiones conscientes de comprar y vender de los individuos, con referencia a mercancías ya producidas, que podría variar de modo significativo a muy corto plazo. Según esto, el precio de equilibrio a corto plazo, vendría determinado sobre todo por el lado de la demanda, la única que podría variar en ese plazo, dando lugar a los llamados precios de mercado de las mercancías disponibles. Unos precios de mercado que podrían ser distintos de los llamados precios naturales o normales. Entendiendo por estos últimos, los determinados por el lado de la oferta, por los factores productivos, que se mueven a largo plazo, y son los determinantes de los costes.

Según esta explicación, los precios de mercado vendrían determinados, a corto plazo, por la intersección de la curva de demanda con la de oferta. Para que esos precios de equilibrio fueran estables se hacía imprescindible que la curva de oferta tuviese pendiente positiva, y la de demanda, pendiente negativa. Unas condiciones que Marshall, a partir de sus supuestos teóricos, no pudo demostrar que efectivamente se cumplían. Ni siquiera pudo demostrar que la curva de demanda tuviese siempre pendiente negativa. Ni mucho menos pudo demostrar que la curva de oferta tuviese siempre pendiente positiva.

A largo plazo, los llamados precios naturales vendrían determinados por factores reales y perdurables, independientes de las decisiones conscientes de los individuos vivos en ese momento. A corto plazo se manifestaban los precios de mercado, que través de la demanda, dependían de la decisión de los individuos, pero en cualquier caso oscilaban alrededor del nivel de los precios naturales, determinados por los costes objetivos de producción determinados por factores no conscientes, naturales o sociales, que actuaban a largo plazo. De este modo, a corto plazo el ajuste al equilibrio se realizaba sobre todo por el lado de la demanda, pues los individuos pueden decidir retrasar o adelantar sus compras, según piensen que los precios de mercado están muy altos o muy bajos, en función de lo que estimaban debían ser los precios naturales, determinados por el lado de los costes.

Este modo de explicar los precios no exigía un cálculo riguroso e instantáneo de todas las ofertas y demandas, en un momento determinado, ni la igualdad exacta y simultánea de todas esas ofertas y demandas, como sucedía en el modelo del equilibrio general de Walras. Así como tampoco exigía que se cumpliera la “ley de un precio”, sino que permitía distintos precios para un mismo producto, a lo largo del espacio y del tiempo.

En opinión de Marshall, los individuos actuaban en una situación histórica concreta, de tal modo que sus posibilidades de seguir conductas estratégicas estaban muy restringidas, por lo que sus conductas efectivas –determinadas por la costumbre- resultaban bastante previsibles; al menos en promedio.

En el enfoque de Marshall no hacía falta calcular todo, así como tampoco hacía falta la hipótesis de la competencia perfecta. Las decisiones de los individuos estaban relacionadas entre sí, no de modo mental y consciente, sino de modo real e implícito, es decir, a través de un marco estructural de instituciones, y de modos de llevar adelante la producción configurados históricamente. Una situación en donde no cabía, ni tenía sentido la determinación simultánea de todos los precios. Precisamente por eso, el sistema disponía de una gran estabilidad, y tendía de manera inexorable a un progreso ordenado y en equilibrio.

Marshall se situaba a medio camino entre el objetivismo del modelo del equilibrio general de Walras y el subjetivismo del enfoque de Menger. No seguía ni el método inductivo, pues aunque los hechos eran ciertamente importantes, no podían dar interpretación de sí mismos, ni el método deductivo, ya que la economía no era un puro proceso mental. En su planteamiento se ocultaba una especie de agente oculto, que de modo no explicado, lograría que los individuos contribuyesen a la tendencia general al equilibrio a largo plazo, que conducía la marcha de la historia.

## **Evolución, equilibrio y competencia**

Con el método del equilibrio parcial Marshall había tratado de hacer compatible la competencia perfecta con la evolución y el cambio, pero pronto se le plantearía un grave problema metodológico que no sabía como resolver, y que pondría en graves dificultades su planteamiento evolutivo de la economía. Según su filosofía de la evolución, la marcha a largo plazo de la economía, y en general de toda la cultura, suponía una mejora continua de la tecnología y la organización, que llevaba a un incremento cada vez más fuerte de la potencia transformadora de la acción humana sobre su entorno, con el resultado de que las empresas tendería hacerse cada vez de mayor tamaño, y a ocupar mayores cuotas de mercado. Pero si esto era así, se pondría en peligro la competencia, ya que al final toda la producción quedaría en manos de unas pocas empresas, con la consecuencia de que también desaparecerían los motivos para llevar adelante la innovación y el cambio.

Marshall no podía renunciar a la tendencia a una competencia cada vez más perfecta y extensa, pues lo consideraba un ideal de justicia al que inexorablemente caminaba el devenir de la historia. No hay que olvidar que en el plano político, Marshall seguía siendo un individualista partidario del principio democrático, al que de ningún modo estaba dispuesto a renunciar. Tenía por tanto que encontrar un modo de hacer compatible el aumento incesante de la eficiencia productiva -debido a la extensión de la división del trabajo, propio de la evolución- con el aumento continuado de la competencia, ya que en caso contrario tendría que dar razón a los socialistas y reconocer que el progreso de la humanidad llevaba de modo inexorable a una sociedad de planificación centralizada, en la que el individuo se convertiría en una pieza anónima dentro de un solo y gigantesco mecanismo productivo, gobernado de forma intencional y centralizada.

Marshall creyó encontrar esa compatibilidad en lo que sucedía en los procesos biológicos, donde la armonía de lo múltiple no entraba en conflicto con la fuerza vital de la totalidad. En un bosque, por ejemplo, el tamaño global puede considerarse en equilibrio a corto plazo, y en su interior conviven árboles jóvenes, en rápido crecimiento, con otros decrepitos, a punto de morir. Todos compiten por los mismos elementos nutrientes, al tiempo que se ayudan en un proceso de simbiosis. Cada uno al tratar de adaptarse lo mejor posible a las condiciones de su entorno, contribuye a la estabilidad y equilibrio global del bosque. Ese mismo esquema biológico podía servir para explicar por que ningún árbol podía crecer de modo ilimitado, y acabando por eliminar a todos los demás, sino que todos ellos tenían un límite: el tamaño representativo de su especie.

Según ese modelo, pensó Marshall que todas las empresas que producían un mismo artículo se podían considerar que formaban un conjunto -una "industria"- en cuyo interior todas ellas competían por los mismos recursos productivos, y por apoderarse del mercado, pero también se ayudaban mutuamente, ya que entre todas creaban condiciones favorables a la producción. En otras palabras, en el interior de cada industria había condiciones a favor y en contra del crecimiento de todas. A las favorables las denominó "economías de escala" positivas, y a las contrarias "economías de escala" negativas. A su vez, estas condiciones podían ser comunes a todas las empresas, ("internas a la industria"), o propias de cada empresa, ("internas a la empresa"). Las distintas conjunciones de esas condiciones afectaban a cada empresa de modo diferente, según sus circunstancias y la fase del ciclo vital en que se encontrasen.

Según este planteamiento, para cada tipo de industria habría una “empresa representativa”, una especie de empresa tipo, con su ciclo vital de nacimiento y muerte. Algo que suponía dar entrada a una concepción muy próxima al tradicional concepto de causa formal: una especie de patrón común a todas las empresas y que de un modo u otro se realiza en cada empresa realmente existente. Esa “empresa representativa” tendría su tamaño óptimo, de modo que ninguna empresa de la industria crecería sin límite y acabaría por absorber a todas las demás. De este modo, pensaba Marshall, sería posible que la “industria” estuviera en equilibrio, con un tamaño estable, y en su seno se mantuviera un elevado grado de competencia entre todas ellas. Habría algunas con rendimientos crecientes y otras con rendimientos decrecientes.

No obstante, se planteaba una grave dificultad que necesitaba aclaración. ¿Cómo era posible el equilibrio de una industria a corto plazo? Por lo pronto, para que eso sucediera la curva de la oferta total de la industria tendría que tener pendiente positiva, o lo que es lo mismo, que cada vez hubiera más dificultades para seguir incrementando la producción total. Para lo cual había que imponer que las economías positivas “internas a la industria” fuesen decrecientes, es decir, que llegaba un momento en el que la introducción de mejoras, ya fuesen tecnológicas, organizativas, o de otro tipo, comunes a todas las empresas, empezaban a decrecer y la producción total acabaría por estancarse. En otras palabras, que todas las industrias evolucionaban desde una fase inicial de rendimientos comunes rápidamente crecientes, hacia una fase final de rendimientos comunes decrecientes, que vendría a coincidir con su etapa de equilibrio o madurez.

Uno de sus discípulos, Sraffa, pondría de manifiesto la inconsecuencia de esta solución. En su opinión, los conceptos de equilibrio parcial y competencia perfecta se implicaban mutuamente, y no era posible apoyarse en uno para demostrar la existencia del otro. Eso era precisamente lo que había hecho Marshall, quien para explicar cómo las economías de escala “internas a una industria” eran decrecientes, había partido del supuesto que la industria estaba en equilibrio parcial, es decir, aislada de las restantes industrias. Sólo bajo ese supuesto, el uso intensivo de un determinado factor, que solo usaría esa industria, llevaría al rendimiento decreciente y, en consecuencia, se podría justificar la pendiente positiva de la curva de oferta total de la industria. A pesar de que Marshall había intentado separar las industrias en función del producto, sostenía Sraffa que era evidente que las industrias no se podían aislar unas de otras desde el punto de vista del uso de los factores, pues todas usaban los mismos. Era imposible que una industria usase ella sola la totalidad de un factor.

Sraffa llegaría a la conclusión que en el diseño evolucionista de Marshall no quedaba más remedio que elegir entre reconocer la realidad de la tendencia creciente al monopolio, es decir, que la economía se acabaría por convertir en un gigantesco organismo, o imponer la hipótesis de la competencia perfecta, tal como la había formulado Cournot, con lo que todo el empeño de Marshall por dar expresión evolucionista a la competencia se hacía inviable, o quedaba sin sentido.

Con el concepto de empresa representativa de una industria Marshall buscaba algo tan complicado como el modo de superar los límites del modelo de equilibrio -la composición

mecánica de fuerzas dadas y fijas- para dotarlo de la flexibilidad de un modelo evolucionista donde las fuerzas crecen y disminuyen al servicio de un todo vital.

Quedaba claro que, para Marshall, todo estaba regulado por un principio evolutivo extrínseco, destinado a asegurar de forma determinista un equilibrio *a priori* o un modelo ideal al que inexorablemente evolucionaba la sociedad. La visión holista del enfoque evolucionista resultaba incompatible con la visión individualista del equilibrio.

## *El problema del cambio desde el enfoque subjetivista*

### **La filosofía del historicismo**

La otra corriente que se preocuparía por dar entrada al cambio temporal en la economía tiene que ver con el desarrollo del llamado historicismo. Este movimiento se iniciaría en Alemania entre el fin del siglo XVIII y los principios del XIX, su origen estaría relacionado con una fuerte reacción contra el racionalismo y el empirismo de los ilustrados británicos y franceses. De modo más concreto, con una revuelta contra el predominio de la cosmología de Newton y sus extensiones empiricistas.

Sería de modo especial entre los seguidores de Kant donde arraigaría la filosofía historicista. Kant se había preocupado mucho de dotar de fundamentos a la física de Newton, las llamadas "ciencias de la naturaleza", pero había dejado abandonada las "ciencias del espíritu", las que se encargaban de estudiar la acción humana, pues pensaba que no podían ser objeto de conocimiento científico. El objetivo principal del nuevo enfoque era crear un método propio de las ciencias del espíritu, para lo cual consideraba imprescindible sustituir el análisis "individualizante" o "atomista" propio de las ciencias de la naturaleza, por una visión "englobante" que situara la acción humana en el marco de la historia.

Pero, al mismo tiempo, se insistía en que el método de las ciencias del espíritu también tenía que ser empírico, pero de manera distinta a como lo era el método de las ciencias de la naturaleza. Una postura que, por otro lado, también constituía un rechazo al enfoque abstracto e idealista de la historia planteado por Hegel. No podía ser la manifestación de un principio espiritual absoluto, sino obra de los hombres, de sus relaciones recíprocas, resultado de un proceso temporal que se desarrollaba en el seno de la naturaleza, reflejado en los hechos empíricos.

Los rasgos propios del historicismo son: organicismo, desarrollo e individualismo. Esto quiere decir que entiende la sociedad como algo vivo, como unidad orgánica que se desarrolla y crece, en cuyo seno hay una fuerte relación funcional entre sus partes. Solo desde la visión de la totalidad se podía llegar a entender la acción de cada una de las partes, que en último término serían los distintos individuos. Un enfoque donde la dinámica del desarrollo tiene más importancia que la estática descriptiva de cada momento, de modo que ni el mundo, ni la naturaleza humana, pueden ser consideradas fijos e inalterables. Todo está en cambio y crecimiento.

Desde el punto de vista epistemológico el historicismo rechazaba la presunta regularidad científica del análisis atomista o individualista, y proponía estudiar la conducta humana desde dentro de la estructura de la sociedad, como parte de los procesos políticos de toma de decisión, un modo de dotar de relevancia al gobierno, y al modo de entender la libertad. No consideraba a los individuos como homogéneos e indistinguibles, sino que cada individuo, nación, o época histórica, tenía su propia entidad que lo hace único e irrepetible.

Según W. Windelband (1848-1915), una de las figuras más representativas de esa corriente, mientras que el método de las ciencias de la naturaleza era *nomotético*, es decir, generalizaba las causas de lo observado para de ese modo establecer leyes y conceptos universales; el método de las ciencias del espíritu debía ser *ideográfico*, enfocarse en la singularidad de los hechos no meramente naturales, como los mitos, las leyes, las costumbres, las obras de arte, etc. Hechos dotados de valor y significado, es decir, solo entendibles desde el enfoque de la acción humana.

Una cosa era estudiar los hechos en sí mismos, que se explican a partir de las leyes de la naturaleza, y otra muy distinta era la valoración de esos hechos, lo cual solo se podía llevar a cabo desde la perspectiva de un deber ser, de un principio a priori que brotaba del espíritu humano. No era lo mismo el conocimiento empírico, el modo de ser de las cosas, que el valor que se le otorgaba, que supone un juicio sobre el deber ser de las mismas. H. Rickert (1863-1936) daría un paso más y llegaría a sostener que el juicio de valor era el fundamento último de todo conocimiento. En otras palabras, que las mismas ciencias de la naturaleza debían ser consideradas como un modo humano de dar sentido a lo que sucede en su entorno.

Cuando se estudiaban hechos relacionados con las ciencias del espíritu, como por ejemplo, el declinar del feudalismo en la baja Sajonia en el siglo XIV, o el desarrollo del capitalismo en Inglaterra en el siglo XVIII, etc., lo importante era entender sus motivaciones, lo que había dado lugar a su aparición. Por eso había que recurrir a un método inductivo, que tuviera en cuenta todos los posibles aspectos de esos fenómenos, y apuntara a la elaboración de un sentido.

Dentro de la misma corriente, pero bajo una mayor influencia del vitalismo se situaba la postura de W. Dilthey (1833-1911). En su opinión, la clave para entender las acciones humanas era enfocarlas como “vivencias”, como experiencia vital del sujeto que las llevaba a cabo. Lo que sucedía en la historia y la cultura, en el mundo propiamente humano de las palabras, las obras, y las instituciones, remitía en último término a vivencias internas de los sujetos. Por eso, el objetivo de las ciencias del espíritu era tratar de entender esas vivencias y cómo se manifestaban hacia fuera. Algo que, según Dilthey, hacía inevitable el recurso a una psicología fundada en la introspección, pero no entendida al modo positivista, que al rechazar la experiencia interna acababa por reducirla a simple fisiología, sino como actividad interna de la conciencia, expresión de la unidad del yo de cada sujeto, surgida de la vida, realidad última y suprema.

En resumen, el historicismo proponía adentrarse en el estudio de la cultura, de los modos de hacer y expresarse del hombre. Un enfoque que dejaba claro que el yo, el sujeto individual, no podía ser algo cerrado y definitivo, sino pendiente de configuración histórica. Lo importante era por tanto el estudio de la cultura humana, la interpretación que el hombre hacía de la naturaleza, resultado del empeño humano por distanciarse de la inmediatez, de lo meramente natural, y que daba lugar al mundo de lo humano. Desde este punto de vista, la historia sería

una psicología en devenir, resultado del esfuerzo incesante del hombre por entenderse a sí mismo. En cualquier caso el conocimiento no podía ser considerado algo definitivo, se trataba de un proceso abierto que exigía crítica y revisión continua. Se daba así lugar a un relativismo de valores que sería rasgo constitutivo de la corriente historicista

### ***Una economía historicista***

El objetivo fundamental de los que se propusieron estudiar la economía desde el punto de vista de la filosofía historicista era lograr un enfoque más realista, desarrollar un método que permitiese explicar como se producían los cambios en los patrones socio económicos. Lo que pretendían era sacar la economía de la pura abstracción, convertirla en un instrumento para resolver problemas de sociedades concretas. Para eso era imprescindible combinar la teoría con elementos históricos, dar entrada a un enfoque procesal del fenómeno económico, tener en cuenta la compleja interdependencia entre lo social y lo cultural, en cuyo seno se configura la conducta económica.

La economía solo podría cumplir esos objetivos si dejaba de ser una teoría matemática de la elección, por parte de un individuo abstracto o genérico. Si asumía que debía ser capaz de proporcionar una explicación de la génesis de la cultura económica, algo determinante a la hora de estudiar como se producen, de modo efectivo, ese tipo de elecciones. Pero, como la cultura y la sociedad tienen naturaleza histórica, a la economía no le quedaba más remedio que enfrentarse con el problema de tratar de entender la cultura económica, el modo en que cambiaban los modos históricos de valorar la función y sentido de la economía.

Desde este punto de vista, la economía debía ser lo más parecido a una teoría ética y cultural que permitiera estudiar la formación del estilo y el espíritu objetivo de una economía, en una cierta época y para una determinada sociedad. Se trataba de estudiar como se creaba un espíritu de armonía social, una moralidad económica. Para eso resultaba imprescindible entender el espíritu del pueblo, su sentido de lo comunal, su concepción de lo religioso, sus costumbres y sus leyes, su modo de entender la política. Había, por tanto, que abandonar el plano de la pura abstracción y descender al modo en que cada pueblo y cultura se planteaba los problemas prácticos de cada día. Solo desde esa perspectiva sería posible descubrir que era la fortaleza ética, la moralidad pública, la que elevaba a los individuos más allá del simple interés egotista y los llevaba a una existencia más elevada, y a unos intereses más amplios. Eso era lo que en realidad estaba detrás de la economía de un pueblo.

Una figura destacable dentro de este modo de plantear el estudio de la economía era G Schmoller (1838-1917). Su principal preocupación fue el desarrollo de un método "histórico ético", esencialmente empírico e inductivo, que permitiera complementar el enfoque teórico deductivo de los utilitaristas. En su opinión constituía una fantasía estudiar la economía con independencia del Estado. No cabía separar la teoría económica de la política económica. La conducta económica no solo estaba impulsada por el interés propio, sino por varias consideraciones que incluían la moralidad, la ley y las costumbres.

La economía debía explicar la génesis y evolución de las instituciones, y no limitarse al estudio de la utilidad y los precios. Lo cual no quiere decir que negase validez de esto último,

sino que solo tenía sentido si se situaba dentro de un determinado marco institucional y ético. Mediante el desarrollo de costumbres, normas morales y leyes, los hombres se dotaban de una segunda naturaleza, el mundo de la cultura, del que formaba parte la economía. Algo que en ningún caso se debía perder de vista.

Los partidarios de este nuevo enfoque de la economía se resistían a dejarse arrastrar por la aplicación no crítica del método de las ciencias naturales. Se negaban a considerar que el modelo de equilibrio mecanicista fuese el elemento central para el estudio de los procesos económicos. Convenía ser muy cuidadosos a la hora de distinguir entre cultura y naturaleza. De ningún modo lo económico podía quedar reducido a la pugna mecánica por dar satisfacción a necesidades naturales absolutas, con vistas a una asignación óptima de recursos. La economía podía ser una ciencia, pero no natural, trataba la acción humana, algo que por su propia naturaleza pertenece al ámbito de lo cultural, ético e histórico.

Bajo ningún concepto se debería perder de vista la unidad de la vida social y su desarrollo continuo, ni dejar de compaginar lo estático con lo dinámico. Limitarse a la abstracción y al simple análisis matemático llevaba a resultados demasiado generales y estériles. Había que partir de la observación empírica de lo real y concreto para, poco a poco, ascender hacia la unificación conceptual. Gran parte de la tarea sería coleccionar materiales históricos, para a partir de ellos, por comparación y contraste, ir elaborando generalizaciones inductivas.

La viva conciencia de la relatividad de todo conocimiento -también del económico- que tenían los historicistas les impedía aceptar la posibilidad de llegar a teorías económicas definitivas. Nunca dejarían de ser interpretaciones provisionales y revisables de un fenómeno complejo. Siempre dependerían de los supuestos de partida, de sus relaciones con la singularidad irreplicable del fenómeno que se pretendía estudiar. No estaban dispuestos a admitir la existencia de un marco abstracto y fijo, situado fuera de la historia, desde el cual pudiera verse la economía *sub specie aeternitatis*. Insistían en que las teorías económicas eran producto de la historia, y debían ser estudiadas como tales, es decir teniendo en cuenta los siempre cambiantes aspectos peculiares que afectaban al fenómeno estudiado, tanto en el plano legal, como en el político y cultural. Una teoría elaborada para entender el feudalismo, por ejemplo, no servía para entender el capitalismo, y viceversa.

Como carecía de sentido invocar una especie de cultura absoluta, válida para siempre y en todo lugar, y no se podía perder de vista la continua interacción entre lo económico y lo histórico, el método de la economía tenía que ser necesariamente hermenéutico -entender el fenómeno económico en su contexto- seguir el círculo de la expresión cultural en cuyo seno se manifiesta. Lo primero y más importante era tratar de entender la motivación del individuo, o lo que es lo mismo, el entramado de motivos de todo tipo que permitía entender su conducta económica. Algo que solo sería posible si se estudiaba la génesis histórica de la estructura institucional donde se desarrollaba ese tipo de conducta, para lo cual la economía debería ser algo así como una psicología comparada. De ningún modo sería accesible desde el plano de la pura lógica, como propugnaban los neo kantianos, ni desde el plano de la física matemática, como pretendían los utilitaristas.

En cualquier caso, a la hora de modelar la conducta económica de un individuo había que tener presente que no se trataba de un universal abstracto, sino de una realidad surgida de un proceso histórico, que daba lugar a una idiosincrasia, inseparable de un pueblo, una época y un lugar. Por eso, había que estudiar la geografía, el clima, la historia, la cultura, la política, el marco legal, y de todo aquello que de un modo u otro había ayudado a configurar la idiosincrasia de la cultura del pueblo al que esos individuos pertenecían.

## **El debate sobre el método**

El desarrollo de la economía historicista recibió un rudo golpe cuando, como hemos tenido ocasión de ver, Menger se opuso al método propuesto, y de modo especial al enfoque de Schmoller. Consideraba que si se seguía ese método la economía nunca llegaría a ser una verdadera ciencia, pues sería imposible hacer predicciones fiables, lo que para Menger era un rasgo esencial de su modo de entender el conocimiento científico. Sí estaba de acuerdo con los historicistas en que la economía tenía que seguir un método propio distinto al de las ciencias naturales, pero siempre que fuese independiente de toda posible interpretación del marco cultural o histórico. Para Menger el individuo era una realidad subjetiva, independiente de todo contexto social.

Dentro de la corriente historicista M. Weber (1864-1920) se propuso desarrollar un método que superara la crítica de Menger. Por un lado no estaba de acuerdo con Menger en que las leyes de la economía tuviesen que tener validez universal, al menos del mismo modo que las leyes de las ciencias de la naturaleza. Por otro lado estaba de acuerdo con Menger en que el conocimiento solo podría ser calificado de científico si permitía hacer predicciones, si suministraba explicaciones causales, pero entendía que el modo de hacer predicciones de las ciencias del espíritu, la economía, por ejemplo, era distinto al de las ciencias de la naturaleza.

Y también estaba de acuerdo con Menger en que había que rechazar explicaciones que apelasen a la intuición, a la penetración por simpatía en la mente de otros, a la posibilidad de revivir las experiencias de los demás, ya que ese tipo de argumentos pertenecían al ámbito del sentimiento, no al de la ciencia objetiva y controlable. De ningún modo la vivencia podía sustituir a los conceptos.

Para elaborar su propio método Weber comenzaría por establecer que no se podían poner en el mismo plano los fenómenos naturales, que carecen de sentido, y los fenómenos humanos, que por su propia esencia están dotados de intencionalidad. Estos últimos, aunque se manifiestan en construcciones objetivas, adquieren su sentido de la subjetividad de los individuos. En otras palabras, los fenómenos humanos son siempre representaciones hermenéuticas de la realidad; y en consecuencia pragmáticas, interesadas y parciales. En último término dependen de los valores en que se apoyan los individuos, y que eligen de modo arbitrario, ya que Weber, como buen historicista, sostenía que el conflicto entre valores no podía ser resuelto mediante argumentación racional.

Vistas así las cosas, todo tipo de ciencia, ya fuese en el ámbito de la naturaleza o del espíritu, tenía que proporcionar algún tipo de explicación causal, pero nunca absoluta y última, sino siempre parcial, según un determinado punto de vista, interesado y subjetivo. En otras

palabras, toda ciencia se construía a partir de una representación fragmentaria e interesada de la realidad. La adopción de ese punto de vista, el que daba lugar a esa representación de la realidad, no era objeto de la ciencia. La elección de valores quedaba fuera de la ciencia, que debía ser neutral respecto de la elección del punto de vista. Un politeísmo de valores que a Weber no parecía inquietarle, pues pensaba que la diversidad de puntos de vista era lo que permitía el avance de las ciencias.

Quedaba claro que, para Weber, las leyes de la economía no podían pretender presentarse como si hubieran sido elaboradas desde un punto de vista objetivo y neutral, sino que inevitablemente estaban ligadas a una determinada interpretación subjetiva, a la adopción de un punto de vista, según los valores de unos individuos concretos. En otras palabras, las leyes de la economía no se establecían según una racionalidad objetiva, más allá de la cultura y de la historia, como había pretendido Menger, sino que inevitablemente estaban ligadas a una racionalidad subjetiva y concreta, a un determinado punto de vista.

El objeto propio de la economía era el estudio de una conducta históricamente constituida, orientada a la utilidad, en cuya constitución habían influido factores muy diversos, desde intereses materiales, hasta los más puros ideales. Para llevar adelante ese estudio, el paso más importante sería elaborar un esquema de cómo y porqué, bajo que punto de vista, había surgido esa representación de la realidad, en cuyo seno se había constituido ese tipo de conducta económica.

Para elaborar ese esquema no se podían seguir los pasos de una lógica deductiva -propio de la física matemática- ni tampoco los pasos de la inducción empírica -propio de la historia- sino que había que optar por una vía heurística. Es decir, observar la realidad para detectar que rasgos podían ser los más relevantes a la hora de explicar la adopción de ese punto de vista. Ese modo de proceder daría lugar a la construcción de lo que Weber llamaba un "tipo ideal", un esquema simplificado de cómo, en el seno de una determinada comunidad histórica, habría surgido la adopción de un determinado punto de vista de la realidad. Sólo una vez construido ese "tipo ideal" sería posible proceder a construir posibles explicaciones causales de las conductas económicas observadas.

Un ejemplo de "tipo ideal" sería, según Weber, el recurso al principio marginalista, como había hecho Menger, un modo de explicar cómo los individuos ordenaban sus preferencias. Otro ejemplo, sería el modelo de "homo oeconomicus", elaborado por los utilitaristas como modo de explicar la decisión de consumo del individuo. En ambos casos, las explicaciones dependían de la adopción de un determinado punto de vista. El de los utilitaristas consistía en dar por supuesto la existencia de una racionalidad objetiva, inserta en la naturaleza; cosa que negaba Menger.

El "tipo ideal" no podía ser un absoluto, sino un instrumento metodológico para manejarse en un mundo, como el de Weber, donde solo existirían verdades relativas, según los intereses y puntos de vistas de cada uno. Por ejemplo, la construcción del "tipo ideal" del comerciante era el instrumento más adecuado para poder estudiar un tipo de sociedad, en un determinado momento histórico, por ejemplo, el londinense del siglo XVII. Pero, en cualquier caso no podía

considerarse como la única explicación posible, ni la definitiva, sino algo meramente provisional.

Quedaba claro que, para Weber, el método de la economía debía incluir el estudio de las singularidades históricas, como, por ejemplo, la política agraria romana, el derecho mercantil medieval, etc. Eso no impedía que se pudiera recurrir también a conceptos y regularidades procedentes de las ciencias *nomológicas*, pero, sobre todo se necesitaba recurrir a la construcción de algún “tipo ideal” que permitiera descubrir conexiones y regularidades del tipo de conducta económica que se estaba observando. En otras palabras, el estudio de la economía podía recurrir a dos tipos de causalidades, una referida a los sucesos humanos, que se rige por una racionalidad pragmática, y otra referida a los sucesos naturales, que se rigen por una causalidad sustancial. Confundirlas era lo que Weber llamaba “falacia naturalista”, típica del planteamiento psicologista de los enfoques de Jevons, Walras o Pareto.

Solo un método hermenéutico permitiría entender la racionalidad de los modos de llevar adelante la decisión colectiva, de una determinada comunidad en unas circunstancias históricas. Lo esencial de la economía era interpretar que tipo de relación podía existir entre un fenómeno y una mentalidad, entre un hecho observable y la lógica subjetiva de un determinado punto de vista, una relación surgida por motivos que no es fácil establecer.

## El devenir histórico del capitalismo

El método, la construcción de una racionalidad explicativa del proceso histórico, era lo único que tenía carácter de absoluto en el pensamiento relativista de Weber. Eso explica que su visión del devenir de la historia fuese consecuencia de la aplicación cada vez más generalizada de su método, de su propia visión de la realidad.

Desde ese punto de vista, el capitalismo sería la imposición progresiva de un tipo de racionalidad, la “conducta económica”, entendida como “modo de vida”, verdadero y único *ethos* occidental. Esto se manifestaba en la racionalización progresiva y universal de los modos de desenvolverse de todos los aspectos de vida humana. Eso llevaba a un tipo de sociedad construida sobre un sistema de dependencias funcionales muy rígidas, lo que Weber llamaba la “jaula de hierro”, un auténtico “aparato de subordinación” que más tarde o más temprano atraparía a todos los hombres en algún tipo de “empresa” productiva, ya fuese en la economía, en la ciencia o en la administración.

La marcha de la historia era el camino hacia una racionalización cada vez más rígida y universal. Desde épocas primitivas en las que había dominado el encantamiento y la irracionalidad no se había parado de avanzar en el proceso de racionalización de todos los aspectos de la vida humana. Un avance que no dejaba de ser paradójico, pues la racionalidad funcional de las conductas concretas, generaba a su vez una mayor irracionalidad del sentido global de la acción humana. Ese avance había supuesto la destrucción del mundo antiguo, donde había dominado la fe y la certeza, y caminaba a un mundo dominado por el escepticismo y el politeísmo de valores.

Algo patente de modo especial en el predominio cada vez mayor de la economía, del empeño por parte de todos de seguir conductas orientadas a la ganancia monetaria. De ese modo se había generado una dinámica autónoma, y la eficiencia de lo procesal había acabado por imponerse por encima del sentido de lo humano. Había sido precisamente en el ámbito de la economía donde la racionalización de la conducta humana se había ido transformando de modo inexorable en su propia negación.

En otras palabras, la aplicación de la crematística a unas conductas humanas originarias, llenas de sentido, había generado un proceso incontrolable que pronto había escapado al control de los que la habían propuesto. Para Weber, como para Marx, la alienación era resultado de la esa inversión de relaciones de medios y fines, de haber impuesto lo procesal sobre el propio ser de los hombres.

Debajo de esta interpretación de la historia estaba el hecho de que Weber había llevado al extremo el concepto protestante del carisma. No solo eso, sino que lo había convertido en el núcleo mismo de la ciencia, en la base de su evolucionismo y progresismo, en una mística de ruptura continua con el orden establecido, que consideraba la más alta expresión del alma y del intelecto humano.

El concepto protestante de carisma había brotado, como ya hemos tenido ocasión de ver, de la conjunción de logicismo y teologismo que estaba debajo del nominalismo, era consecuencia del rechazo a aceptar la capacidad de la razón humana para enfrentarse con la profundidad del misterio de lo real. Esto había llevado a plantear la fe y la gracia como algo situado por encima de la razón y de la naturaleza, más propio de lo mágico o mítico. En ese sentido, lo carismático había quedado planteado como ruptura con lo establecido, una renovación incesante que exigía el enfrentamiento y la negación de toda autoridad y tradición.

Según el modo de pensar de Weber, la ética protestante había surgido como consecuencia inevitable de ese modo de entender el carisma, de haber vaciado de interioridad a las obras humanas, de haberlas desprovisto de una finalidad natural. Si las obras humanas habían quedado reducidas a una pura externalidad formal, la única ética racional posible sería la construida a partir de las consecuencias de la acción, medidas en términos de pura eficiencia en el modo de lograrlas. A partir de ese momento se habían puesto los fundamentos de un mundo donde solo cabía la terrible y angustiosa ética de la responsabilidad personal, basada en la solitaria y arbitraria elección de unos fines, que por sí mismos son imposibles de ordenar de modo racional. Precisamente por eso, en ese mundo dominado por el politeísmo de valores, el control científico de los asuntos humanos, la imposición de una racionalidad funcional, resultaba imprescindible para que no degenerase en el puro caos. De modo paradójico, el rechazo a la posibilidad de que la razón se enfrentara con el misterio de la realidad, esencia misma de la libertad humana, había venido a desembocar en el inevitable sometimiento a una racionalidad mecanicista, que suponía la destrucción del carisma en su sentido más real y profundo.

Se entiende que, para Weber, el modo moderno de entender la racionalidad consistiera en un interminable proceso de destrucción de toda certeza y de toda fe. Solo de ese modo sería posible un mundo de neutralidad ética, donde una supuesta objetividad escéptica se imponía sobre el

politeísmo de valores, que sería consecuencia última de haber puesto en práctica el modo protestante de entender lo carismático.

Desde la perspectiva de Weber resultaba inevitable que el individuo moderno acabara sometido a ese tipo de racionalidad sin espíritu, que definía como el carácter empresarial, dominado por el criterio de eficiencia productiva, que se iba imponiendo en todas las instituciones y organizaciones de la sociedad moderna. Sólo mediante ese sometimiento tendría posibilidad de elección y realización de sus planes. No les quedaba más remedio que introducirse en la “jaula” de subordinación, si querían disponer de un mínimo de “libertad de movimiento”.

Por un lado afirmaba la subjetividad de los juicios individuales como fuente de todos los propósitos y valores, pero, por otro lado, esos juicios estaban amenazados por la objetividad y eficiencia del pensamiento científico y de la acción administrativa. Existía por tanto una oposición creciente e inevitable entre la libertad subjetiva del individuo y el sometimiento a la objetividad racional de lo colectivo. Una especie de esquizofrenia entre objeto y persona, entre conocimiento objetivo y evaluación subjetiva, entre funcionario y líder carismático, entre ética de responsabilidad y ética de convicción. Todo ello consecuencia de un conflicto sin solución entre libertad y racionalidad.

En la sociedad moderna, tal como la describía Weber, la inevitable desaparición progresiva del carisma sería sustituida por las técnicas terapéuticas, o peor aún, por un carisma de diseño. Un carisma adecuado para el líder de una organización que nada sabe de la fe, y de la interdicción que brota de la adoración a lo sagrado y misterioso. Un carisma siempre efímero que se auto destruye como consecuencia de su propio éxito, de su “rutinización”, sobre todo por motivos socioeconómicos. Un carisma que solo tendría pleno sentido en una cultura donde la gracia hubiera sido erradicada, y donde solo cupiera un principio de evolución destructiva.

Es interesante señalar que, en el fondo, tanto para Marx como para Weber, el capitalismo constituía la última fase del devenir de la historia. La racionalidad crematística viene a ser la más plena expresión de la racionalidad funcional moderna.

## **Bibliografía**

Asper, Patrick. *The Economic Sociology of Alfred Marshall: An Overview*. American Journal of Economics and Sociology. 1999. 58(4) 651-667.

Betz, H. K. *How does the German Historical School fit?* History of Political Economy. 1988. 20(3)409-31.

Boland, Lawrence A. *Difficulties with the Elements of Time and the "Principles" or Economics or Some Lies my teachers told me*. Eastern Economic Journal. 1982; 8(1):47-58.

de Vroey, Michel. *Marshall on equilibrium and time: a reconstruction*. European Journal of the History of Economic Thought. 2000; 7(2):245-269.

de Vroey, Michel, editor. *Equilibrium and disequilibrium in economic theory. The Marshall Walras divide*. Routledge. 2002.

de Vroey, Michel. *The Marshallian market and the Walrasian economy, two incompatible bedfellows*. Scottish Journal of Political Economy. 1999. 46(3)319-339.

Gilson, Etienne. *De Aristóteles a Darwin y vuelta*. Pamplona: Eunsa; 1976.

Groenewegen, Peter D. *Marshall and Hegel*. *Economie Appliquée*. 1990; 43(1):63-84.

Groenewegen, Peter D. *A soaring eagle: Alfred Marshall, 1842-1924*. Edward Elgar. 1995.

Gronewegen, Peter. *Alfred Marshall's Principles of Economics: A Centenary Perspective from the Antipodes*. Australian Economics Papers. 1992; (December):219-233.

Hart, Neil. *Marshall's Dilemma: Equilibrium versus Evolution*. Journal of Economic Issues. 2003. 37(4)1139-1160.

Hodgson, Geoffrey M. *How Economics Forgot History. The problem of historical specificity in social science*. London. Routledge. 2001.

Lachmann Ludwig.M. *The Legacy of Max Weber*. London: Heineman; 1970.

Loasby, Brian. J. *Marshall's Theory of the Firm*. En Backhouse, Roger E. y Creedy, John, editores. *From Classical Economics to the Theory of the Firm. Essays in Honour of D. P. O'Brien*. Edward Elgar. 1999.

Löwith, Karl. *Max Weber and Karl Marx*. London: Routledge; 1993.

Marshall, Alfred. *Principles on Economics*. New York: Prometheus Books; 1997.

Menard, Claude and Limoges, Camille. *Organization and the division of Labor: Biological Metaphors at Work in Alfred Marshall's Principles of Economics*. En Mirowski, Philip, editor. *Natural Images in Economic Thought. Markets Read in Tooth and Claw*. Cambridge: Cambridge University Press. 1994.

Nau, Heino H. Schefold, Bertram, editores. *The Historicity of Economics. Continuities and Discontinuities of Historical Thought in 19th and 20th Century Economics*. Berlin: Springer; 2002.

Niman, Neil. *Biological Analogies in Marshall's Work's*. Journal of the History of Economic Thought. 1991. 13.19-36.

Opie, R. *Marshall's Time Analysis*. The Economic Journal. 1931. 41(2)199-215.

Pélissier, Maud. *Une Évaluation Épistémologique de l'Économie Biologique Chez Alfred Marshall*. Cahiers D'Économie Politique. 2002. (42) 7-27.

Rafaelli, Tiziano, editor. *The Elgar Companion to Alfred Marshall*. Cheltham: Edward Elgar; 2006.

Raffaelli, Tiziano. *Marshall's Metaphor on Method*. *Journal of the History of Economic Thought*. 2009. 29(2)135-151.

Rafaelli, Tiziano. *Marshall's Evolutionary Economics*. London: Routledge; 2003.

Rieff, Philip. *Charisma. The Gift of Grace and How it has Been Taken Away from Us*. New York: Pantheon Books; 2007.

Rieff, Philip. *The Triumph of the Therapeutic. Uses of Faith after Freud*. Chicago: Chicago University Press, 1996.

Schabas, Margaret. *Victorian economics and the science of the mind*. Lightman, Bernard. *Victorian Science in Context*. Chicago. Chicago University Press. 1997.

Schumpeter, J. A. *Alfred Marshall's Principles: a semi centennial appraisal*. *American Economic Review*. 1941; 31(2):236-248.

Streissler, Erich W. *The influence of German Economics on the Work of Menger and Marshall*. En Caldwell, Bruce J. editor. *Carl Menger and his Legacy in Economics*. 1990.

Raffaelli, Tiziano. *Utilitarian premises and the evolutionary Framework of Marshall's economics*. *Utilitas*. 1996; 8(1):89-108.

Tribe, Keith. *Strategies of Economic Order. German Economic Discourse 1750-1950*. Cambridge. Cambridge University Press. 1995.

Tullberg, Rita McWilliam, editora. *Alfred Marshall in retrospect*. Edward Elgar; 1990.

Viner, Jacob . *Marshall's Economic in relation to the man and to his time*. *American Economic Review*. 1941. 31(2) 233-235.

Whitaker, John K., editor. *Centenary Essays on Alfred Marshall*. Cambridge. Cambridge University Press. 1990.

Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península; 1994.

Young, Allyn A. *Increasing Return and Economic Progress*. *The Economic Journal*. 1928 38.527-542.